

SCHOPENHAUER Y LA LECTURA DE LOS CLÁSICOS. APUNTES Y NOTAS

Carlos García Gual
UNED

Al cumplirse el bicentenario de su nacimiento (el 22 de febrero de 1788 en la ciudad de Dantzig), quisiera ofrecer estas breves notas de lectura, sin otro empeño que el de recordar la afición del filósofo a la literatura y a la filosofía antigua. De Schopenhauer recomendada F. Nietzsche leer todas y cada una de sus líneas, y ninguna de las que se habían escrito sobre él. Un consejo que, de rebote, alcanzaría a las excelentes páginas que él mismo le dedicó, en "Schopenhauer como educador" (en 1874), una de sus *Consideraciones intempestivas*. De Schopenhauer tomó Nietzsche, entre otras, la simpatía literaria hacia Baltasar Gracián; como es bien sabido, autor predilecto de ambos.

Schopenhauer tenía más de ilustrado del XVIII que de romántico, y conjugó su vocación filosófica con una espléndida formación literaria. No sólo gran pensador, sino también, a la par, magnífico escritor de prosa clara y expresión precisa. Más moderno que romántico también, como señala Thomas Mann, quien lo sitúa como una figura puente entre Goethe y Nietzsche: "más moderno, más sufriente y difícil que Goethe, pero mucho más clásico, robusto y saludable que Nietzsche". Influyó en Freud y en la psicología moderna, él, un heredero de Kant y de Platón. Frente a las ilusiones de su época se mostró escéptico y pesimista, incrédulo ante la tesis hegeliana del progreso de la razón en la historia y despectivo ante los fervores nacionalistas de la Alemania romántica. Vivió solitario e ignorado hasta la publicación de *Parerga y Paralipomena* (1851), como un ejemplo de esa *Historia trágica de la Literatura* que él mismo postuló alguna vez. Esa libertad e individualidad ante las ilusiones de su tiempo le hace ahora especialmente actual, en muchos aspectos, como ha destacado M. Horkheimer (tanto su en-

sayo como el de T. Mann están recogidos en el interesante volumen editado por M. Fox, *Schopenhauer. His Philosophical Achievement*, Sussex-New Jersey, 1980). No dudo que muchos de los artículos conmemorativos de este año subrayarán justamente esa modernidad de su pensamiento. Schopenhauer ha sido un autor poco leído en nuestro país, y sería éste un buen momento para pedir una mayor atención a su obra y una estimación de su influencia en el pensamiento de los dos últimos siglos, como señalaba Santiago González Noriega en su fervoroso prólogo a la traducción de Unamuno de *Sobre la voluntad en la naturaleza*, reeditada en Madrid en 1970. (También se recuerda ahí la gran estima de Borges por los escritores de Schopenhauer, un filósofo para escritores, en cierta medida.)

Quiero ofrecer aquí estas notas de lectura, modesto homenaje de filólogo aficionado a esas páginas releídas ahora. No conozco ningún estudio sobre este aspecto de su obra. Lo que puede ser debido, en primer lugar, a mi ignorancia de la bibliografía especializada, pero también a que ese aspecto haya sido un tanto preterido frente a otros más centrales y filosóficos. Lo que he hecho, fundamentalmente, es espigar y rememorar algunos párrafos indicativos de la postura del escritor ante los textos antiguos. No están aquí, seguramente, todas las citas posibles, ni tampoco doy los pasajes en toda la extensión, ya que ello me habría llevado a citar páginas enteras.

Indico siempre el lugar de esos textos, que traduzco y tomo de la edición reciente de las *Sämtliche Werke*, en cinco volúmenes, editadas por W.F. von Löhneysen (Suhrkamp, Stuttgart-Frankfurt, 1986).

I

Una de las primeras impresiones de cualquier lector de Schopenhauer es la de su maestría en el arte de citar sentencias y pasajes de autores clásicos. No sólo de los clásicos antiguos, sino también de otros—Shakespeare o Goethe, por ejemplo, figuran entre los más traídos; mientras que Horacio, otro de sus predilectos, aparece más o menos tantas veces como Hume y algo más que Homero—. Naturalmente es en *Parerga y Paralipómena* donde estas citas tienen una mayor frecuencia y una extraordinaria función. Los comentarios del filósofo a distintos aspectos de la vida buscan el apoyo de los grandes escritores, y el panorama enfocado refleja las vastas y atentas lecturas del ilustrado Schopenhauer. Pero ya antes, en el texto de *El mundo como voluntad y representación* (y luego en sus añadidos) encontramos algunas de esas citas, muy bien aducidas y precisas, testimonio de la afición del

filósofo al comentario de otros escritores, filósofos o literatos de primera calidad.

Maestro en el arduo arte de las citas, Schopenhauer no tiene el prurito del enciclopedista ni del lector de centones, de recoger textos para mostrar su erudición; es, siempre, un crítico, que se enfrenta a sus temas con un afán polémico y con una cierta ironía. No creía en el diálogo como una forma válida de la expresión filosófica. Esto es muy notable en un admirador de los escritos de Platón, pero va muy de acuerdo con su carácter, y también con la mentalidad de los pensadores de su tiempo, al menos los alemanes. En el coloquio veía sólo una antesala y un prelude a la auténtica inquisición de la verdad, tarea solitaria, de la introspección y la meditación en soledad; el filósofo es un buceador solitario. Pero, con todo, esas citas son un principio de diálogo, con otros, los grandes escritores y pensadores, por encima de los tiempos. Desdeñoso de sus contemporáneos, encuentra, en sus lecturas y rememoraciones, un lugar para la discusión y la compañía.

Me parece que el autor más citado por Schopenhauer es Kant, al que le siguen, más o menos en este orden, Goethe, Platón, Aristóteles y Spinoza. Pero si en lugar de autores nos fijamos en textos, recordados con sus mismas palabras, con citas literales, es Goethe quien ocupa un primer lugar, seguido por los clásicos antiguos y por Shakespeare. Ya este hecho tan obvio resulta muy revelador de los afectos literarios de Schopenhauer.

Es muy significativo, luego, que todas estas citas, tanto de antiguos como de modernos, se hagan en el idioma originario, sin la menor preocupación por verter las palabras al alemán. Sólo en las citas griegas suele Schopenhauer darnos su propia versión en latín, como una atención al lector. (Lo que indica que, incluso entre gente de elevada cultura, el saber griego era un refinamiento poco frecuente.) Las frases en latín, francés, inglés, y, más raramente, en italiano y español, se dan sin traducción. Creo que ese gusto por la cita en el idioma propio singularizada a nuestro autor entre los escritores de su tiempo (Goethe, Schiller o Hegel, p.e.). Es cierto que Schopenhauer tuvo una educación especialmente buena en cuanto a su conocimiento de esas lenguas; era un políglota ágil y de muy variadas lecturas. Pero no actúa así por un prurito pedantesco, o por vanidad, sino que se trata de una actitud muy bien razonada, como veremos.

Por otra parte, conviene destacar que el mismo gesto de citar frases, que se desprenden de su contexto originario, recarga de sentido esas palabras, muchas veces, y las relanza como fragmentos que, como los de los presocráticos y las sentencias delficas, más que decir u ocultar, apuntan y sugieren. Las citas suelen agudizar y conferir un nuevo perfil a los pensamientos evocados, por obra y gracia de la intención rememoradora. Schopenhauer, como otros —y se me ocurre ahora el

nombre de su contemporáneo el novelista Walter Scott— sabe sacar a las citas muy buen partido.

La idea de que palabras y conceptos van unidos, y que, al aprender un nuevo idioma, enlazamos lo uno y lo otro lo apunta Schopenhauer en un añadido en *El mundo como voluntad y representación* (“Ueber die Gedankenassoziation”, cf. II 172), pero la desarrolla en un capítulo de los *Parerga* titulado “sobre lengua y palabras” (cf. V, pp. 665-73). Señala como punto de partida que aprender varias lenguas es un poderoso medio de formación espiritual. Recuerda una frase de Carlos V. “*Quot linguas quis callet, tot homines valet*”, “cuantos idiomas uno conoce, por tantos hombres vale”.

No todas las palabras tienen su equivalencia en otra lengua; e incluso a veces falta en una lengua una palabra para el concepto que en otra se expresa con nitidez. El matiz de un concepto es difícil encontrarlo exacto en dos idiomas, y en las traducciones hay que apelar a giros o variantes para indicarlo. (Da algunos ejemplos, como el alemán *Geist*, frente a *esprit* o *wit*, el latín *honestum* o el griego *sophron*, entre otros.) La idea que apunta es la que hoy expresaríamos diciendo que los campos semánticos son inconmensurables, y, en efecto, algo así es lo que él indica cuando hace alusión a la extensión del significado de las palabras, sólo en parte coincidentes. De ahí lo defectuoso de todas las traducciones, como advierte: “casi nunca puede uno traducir de una lengua a otra períodos característicos, precisos y expresivos, de modo que tengan la misma y completa fuerza”.

De ahí la miseria intelectual de las traducciones, y de modo especial las de las lenguas antiguas, mucho más distantes de la nuestra que cualquier otro idioma moderno. Por otro lado, ahí está también el progreso y enriquecimiento intelectual de aprender idiomas: “uno no aprende sólo palabras, sino que adquiere conceptos”.

“Por eso resulta cualquier traducción muerta y su estilo forzado, torcido, e innatural, o bien se hace libre, es decir, se contenta con un *à peu près*, y es por tanto falsa. Una biblioteca de traducciones se asemeja a una pinacoteca de copias. Y fundamentalmente las traducciones de los autores de la antigüedad son frente a sus textos un sucedáneo, como el café de achicoria frente al auténtico.” (V. 667.)

II

Aprender la lengua es un enorme paso para el conocimiento de la nación que la habla; es aprender el espíritu de la misma: “pues así

como el estilo se relaciona con el espíritu del individuo, así se relaciona la lengua con el de la nación (V. 668)". En la afirmación sobre el *Geist* y el idioma suena un tono del romanticismo contemporáneo. Pero Schopenhauer subraya que el dominar varias lenguas ayuda a superar el provincianismo nacionalista. "Dominar realmente varios idiomas modernos y leer en ellos con facilidad es un medio para liberarse de la limitación nacional, que en otro caso se le pega a uno". Late siempre en el fondo la misma idea: que con el aumento de palabras se enriquece también el bagaje de los conceptos. En caso contrario, si sólo se adquieren nuevas palabras para viejos pensamientos, el provecho es mínimo, algo así como "nuevo color sobre un viejo traje", eso es más bien un signo de pobreza de espíritu. Hay muchos, señala Schopenhauer, que usan de la nueva lengua sólo frases hechas y giros banales, sin captar nada más; su charla es poco más o menos como la cháchara de un papagayo ("Papagaiengeplapper").

Tanto o más importante que el conocer otras lenguas modernas es el aprender las antiguas, esto es, latín y griego; especialmente latín. No con el fin de conversar en estos idiomas, sino como instrumento intelectual. Para enriquecer nuestros conceptos y advertir matices diversos son especialmente valiosas las lenguas antiguas. "Mucho más valen para eso las lenguas antiguas que las modernas, por su gran variación respecto a las nuestras, que no permiten que las traduzcamos palabra por palabra, sino que requiere que remodelemos nuestros pensamientos por entero y los vertamos en otra forma." (Esto es uno de los muchos fundamentos de la importancia del aprendizaje de lenguas antiguas) (V 669). Para Schopenhauer el latín es todavía una lengua que conviene aprender activamente, para poder escribir en ella. (Como cuando traduce en latín las citas del griego.)

El latín es no sólo un instrumento para la precisión conceptual, sino una perspectiva cultural.

"El hombre que no sabe latín se parece a quien se encuentra en un hermoso paisaje en medio de la niebla: su horizonte está extraordinariamente limitado; sólo ve claro lo próximo, a los pocos pasos más allá se pierde en lo indefinido".

En otros párrafos critica a los escritores de su época que no saben construir bien sus frases, porque ignoran el latín. (V 671)

Podemos recordar que Schopenhauer tuvo en su juventud la tentación de dedicarse a la Filología Clásica y que aprovechó bien sus estudios en Weimar, en casa del helenista F. Passow en 1808, cuando tenía veinte años. (Passow se interesó especialmente por el léxico griego, y

Wilamowitz lo califica de “simpático”.) Esta familiaridad con los textos antiguos es un trazo que comparte con Nietzsche, que fue un filólogo profesional. Creo que esa disposición filológica le sirve también a Schopenhauer para algunas críticas de la moral tradicional, como le sirvió a Nietzsche.

No deja, sin embargo, de presentar alguna nota pedantesca, como cuando se escandaliza ante las ediciones de autores griegos y *hasta de latinos* con notas *en alemán*. Eso le parece “un verdadero emblema de la pereza y un herbario de la ignorancia”. “¡Que infamia! ¿Cómo va entonces a aprender latín el alumno, si siempre le está hablando al lado su lengua señora madre? Contra eso era una buena regla antigua la de “*In schola nil nisi latine*” (V. 671). Y también suena un cierto aire aristocrático en su desdén a quien no entiende latín, que “pertenece al pueblo”, como esos escritorzuelos que abusan de los galicismo y no son más que unos “mancebos de barbería”.

Las citas de autores antiguos no son sólo abundantes, sino también muy variadas, lo que es un índice de sus lecturas. A Platón lo cita más de cien veces, por dar un ejemplo; y textos de sus diálogos siguientes: *Alcibíades, Gorgias, Leyes, Menón, Parménides, Fedón, Fedro, Filebo, Político, Protágoras, República, Sofista, Banquete, Teeteto y Timeo*. Y, junto a otros autores de primera fila, como Aristóteles y Séneca y Cicerón, rememora textos de otros mucho menos usuales, como Clemente de Alejandría, Proclo, Tolomeo, Jámblico, D. Laercio, Plotino, Teofrasto, o los dos Plinius.

III

Los párrafos del capítulo 24 de los *Paralipomena*, que tratan de lecturas y libros (“*Ueber Lesen und Bücher*”, V 651-662), son todos ellos estupendos. Gran lector, Schopenhauer aconseja no leer demasiado sin digerir lo leído, sin “rumiarlo” a fin de aprovechar ese alimento espiritual. Indica también que es igualmente importante el arte de *no leer* los libros malos. (La mayoría de los producidos por sus contemporáneos): “Nueve décimas partes de nuestra literatura actual no tienen otro objetivo que sacarle al público del bolsillo algunos táleros: para eso se han juramentado el autor, editores y reseñadores”. Desdeña Schopenhauer esas lecturas de lo más nuevo, lo último, que se comentan en los salones del mundo elegante y que se escriben para ganar dinero. Tal vez se acordaba, de paso, de su madre, novelista de éxito en el círculo de Weimar.) “Libros malos son un veneno intelectual: estropean el espíritu. Para leer lo bueno hay una condición: no leer lo malo; pues la vida es corta, el tiempo y las fuerzas limitados” (V 655).

“Hay en todas las épocas —señala en otro párrafo— dos literaturas, que circulan una junto a otra sin relacionarse: una real y otra sólo aparente. Aquélla se trasmuta en literatura que permanece” (V. 565). Esa *bleibende Literatur* es, fundamentalmente, lo que llamamos, sin excesiva precisión y variando con los tiempos, los clásicos, los salvados del olvido por la lealtad secular y terca de incontables lectores.

“No hay ningún deleite para el espíritu mayor que la lectura de los clásicos antiguos —dice poco después, V 658—: tan pronto como uno toma en la mano a cualquiera de ellos, se siente al pronto refrescado, aligerado, purificado, elevado y fortalecido; no de modo distinto a como uno se hubiera refrescado en una fresca fuente al pie de unas rocas. ¿Fúndase eso en las antiguas lenguas y en su perfección o en la grandeza de los espíritus, cuyas obras permancen sin ser taradas y debilitadas por los milenios? Quizás en ambas cosas a la vez. Sólo sé esto: que, si como ahora amenazan (los bárbaros ya están ahí; los vándalos no se acaban nunca), cesara alguna vez la enseñanza de las lenguas antiguas, vendría entonces una nueva literatura, formada de una escritura tan bárbara, tosca e indigna como no se ha presentado aún nunca.”

Es curioso que, junto a tan claro elogio de la lectura de los autores antiguos, desacojense Schopenhauer los comentarios de los modernos acerca de ellos, recordando un epigrama de August Wilhelm Schlegel, leído en su juventud, según él cuenta, que dice:

“Leed intensamente a los antiguos, a los antiguos de verdad!
Lo que los modernos dicen de ellos importa muy poco!”
 (“Leset fleissig die Alten, die wahren eigentlich Alten!
Was die Neuen davon sagen, bedeutet nicht viel!”)

Escrito en la época del florecimiento de la filología clásica, y después de los escritos de Winckelmann, Goethe, Schiller, etc., esas palabras alcanzan una referencia clara. (No estamos frente a un ataque parecido al de F. Nietzsche en su *Consideración inactual* de “Nosotros los filólogos”, donde se contrapone la grandeza de los antiguos y la mezquindad de sus intérpretes modernos. Sólo ante la protesta de un lector entusiasta de los viejos textos, al que le sobran los intermediarios, minuciosos y pedantes.)

En sus lecturas Schopenhauer apreciaba tanto a los filósofos como a los dramaturgos y a los poetas. Junto a los antiguos, donde descubrimos sus aficiones a poetas como Horacio y pensadores como Séneca, y a los trágicos griegos y Homero junto a los viejos filósofos, está su

pasión por Shakespeare y su simpatía por nuestros barrocos Calderón y Gracián. Ciertamente, como apunta A. Philonenko, “Schopenhauer comparte con todos los grandes filósofos alemanes una nostalgia de Grecia: ha seguido a Hegel, a Schelling, a Hölderlin; anuncia a Nietzsche y por encima de éste a Heidegger.” (*Schopenhauer*, París 1980, pág. 146.)

IV

Me parece que hay, en efecto, una veta romántica en nuestro neoclásico e ilustrado Schopenhauer, en este y en otros aspectos. “Si echamos de menos a Grecia –sigue A. Philonenko en comentario a esa actitud de nuestro autor– es porque descubrimos en ella un mundo que la tutela del judaísmo no ha conseguido frenar en su impulso. Pero el hecho es que ese mundo ha desaparecido, que los bárbaros nos separaron de él y que el pensamiento judío ha podido encontrar un nuevo destino”. Pero la nostalgia de Schopenhauer estaba temperada por el racionalismo. Sin duda lamentaba la mezquindad del pensamiento cristiano y judío en muchos puntos, y lo sombrío de sus ofertas frente a la belleza del arte antiguo, por poner un ejemplo. Pero sin caer en una beatitud de lo clásico antiguo o un culto a la lengua griega. Tiene razón Philonenko al apostillar: “Si Schopenhauer, que era un excelente filólogo, estuviera entre nosotros, habría denunciado la tentativa heideggeriana. Heidegger comete el error de hacer del griego una lengua modelo, por no decir la *Ur-Sprache*.” En efecto, como hemos visto, las razones de Schopenhauer para citar en griego son muy otras, y en ningún momento concede al griego un papel privilegiado de cara a la ontología.

Por otra parte, Schopenhauer es muy consciente de la distancia entre la filosofía moderna y la de los griegos, “que no tomaron clara conciencia de los dos problemas más profundos e inquietantes de la nueva filosofía, es decir, la pregunta por la libertad de la voluntad y la que versa sobre la realidad del mundo exterior o la relación entre lo ideal y lo real” (en *Sobre la libertad de la voluntad*, en III 584). La observación va seguida de cuatro citas de Aristóteles, y referencias a Cicerón, Clemente de Alejandría y S. Agustín, Pelagio y los Maniqueos. Su filosofía se reclama de dos grandes precursores: Kant y Platón; pero qué cerca está de uno y cuán distante del otro.

Me gustaría a este respecto señalar –recogiendo aquí el argumento de nuestro filósofo sobre lo específico de los conceptos unidos a las palabras en las lenguas– que un título como el de su obra capital *Die Welt als Wille und Vorstellung* resulta intraducible con exactitud al

griego antiguo. Está claro que el concepto de *Welt* se acerca bastante al griego de *kósmos*; para *Vorstellung* el vocablo griego más conveniente sería *phantasia*; pero no hay un término para *Wille* "voluntad". La idea de *kósmos* evoca para un griego la de un orden objetivo, del que el hombre es testigo y, de algún modo, usuario privilegiado. La tesis de que el hombre es, según la concepción idealista kantiana, el ordenador subjetivo del mundo que percibe, "soportador del mundo" (*Träger der Welt*) le habría escandalizado a Platón, y también a Aristóteles, aunque tal vez no a Sexto Empírico, ya al margen del pensamiento clásico.

En fin, "la tiranía de Grecia sobre Germania" —según el título de un buen libro sobre esa época romántica— es muy relativa o nula en lo que toca a Schopenhauer. Lector entusiasta de los clásicos, sacó de ellos alegría, deleite, refrescos y luces, sin ninguna beatería. Explicó, de una manera clara, los motivos de su predilección, con razones objetivas, que, como tantas, algunas veces resultan también subjetivas. Quizás incluso algo de la gracia literaria, de ese fuerte y vivaz estilo de su prosa, se debe a esas lecturas. También su obra, no sólo por sus ideas, sino también por sus palabras precisas y vibrantes, pertenece a *la literatura que permanece*. Todavía podemos atestiguarlo, a los doscientos años de su nacimiento.